

PREFACIO

El hombre, a través de los siglos, se ha planteado numerosos interrogantes que muchas personas, filosofías y religiones han tratado de responder, con múltiples argumentos, pero de manera infructuosa. La mayoría de esas preguntas están relacionadas con el origen de la vida y su propósito. Deseamos saber si somos producto de una casualidad, de una explosión espontánea o si nuestra existencia está ligada al designio y a la voluntad de una inteligencia superior, de un ser llamado Dios.

La búsqueda de estas respuestas se ha convertido en una fatigante carrera, en la que muchos han claudicado y otros se han extraviado. Otros, menos aventureros, sencillamente han preferido no comenzar esta travesía, enmudeciendo esos gemidos que, de cuando en cuando, se dejan oír desde nuestro interior y demandan que nuestras más íntimas carencias sean saciadas. A estos les ha sido más fácil amoldarse a este sistema con sus pensamientos y continuar con la faena del día a día. Sin embargo, encontramos que cuando estamos en esos momentos de intimidad y soledad, instantes que nos obligan a reflexionar en quienes somos y hacia dónde

vamos, nuestras conciencias se abren espacios en medio de la espesura y nos recuerdan que nuestros corazones siguen esperando las palabras que le den sentido a nuestra existencia o que, por lo menos, nos quiten esa sensación de vacuidad perenne.

El ser humano, casi instintivamente, entiende que existe algo más allá de lo físico, que trasciende todo lo medible y observable. En consecuencia, no se conforma con escuchar las vanas teorías que afirman que el mundo material lo es todo y que no hay nada después de él. O aquellas ideas desesperanzadoras que aducen que la vida no tiene más sentido que el de nacer, crecer, reproducirse y morir.

Participantes de la Naturaleza Divina se presenta como el primero de una serie de libros, donde se dará respuesta a muchas de estas interrogantes. En él se habla, de forma diáfana y sencilla, acerca del propósito de nuestra vida y de cómo vivirla de manera plena; teniendo la palabra de Dios como fundamento para la construcción de nuestro destino y como guía cierta para la realización de nuestro ser.

Este manuscrito no tiene la intención de ser leído solamente, sino que espera que sus ideas se hagan parte de sus vidas y los acompañen a lo largo de vuestro peregrinar. Tampoco pretende que sus conceptos sean solo teorías, sino que anhela que ellos puedan ser puestos en práctica y se conviertan en una realidad cotidiana.

na. En lo personal, mi anhelo y oración es que las palabras aquí escritas no sean solo tinta sobre papel, sino que estén llenas de la vida de Dios para que puedan revolucionar verdaderamente sus mentes y corazones, impactando sus vidas y las de aquellos que les rodean.



CAPÍTULO II

EL DESEO DE DIOS

Mediante la observación de la historia contemporánea y la sociedad moderna, podemos constatar que las riquezas y la seguridad de este mundo no dan la paz ni la felicidad verdadera, mucho menos pueden llenar los vacíos que hay en nuestros corazones. Entendemos que ha existido una gran cantidad de personas que, a pesar de haber poseído todo lo que el hombre materialmente pudiera desear, han sido los individuos más desdichados y dignos de conmiseración. Vemos con tristeza como muchos reconocidos personajes, grandes artistas, políticos, estudiosos y científicos; personas quienes han poseído riquezas, sabiduría humana, fama y múltiples parejas; desafortunadamente han terminado sus vidas sumidas en vicios, con hogares destruidos y, lastimosamente, cometiendo suicidio.

En la actualidad contemplamos, con perplejidad, como en algunos de los países más desarrollados y con los mayores ingresos per cápita, paradójicamente, en-

contramos los índices de suicidio más elevados. Durante una estadía en Europa pude comprobar, a través de la lectura de ciertos trabajos estadísticos, como el uso de antidepresivos y ansiolíticos, en algunas regiones, se ha convertido en un problema de salud pública y como la incidencia de suicidios son una lamentable realidad, tanto en la población joven como en la senil. Definitivamente, la aparente seguridad y abundante provisión no han sido la respuesta para las almas agonizantes.

Por otro lado, nuestros países latinos no escapan de esta realidad porque, aunque nuestros problemas parecieran ser otros, las necesidades internas del individuo siguen siendo las mismas, cualquiera sea su condición. Nuestras almas necesitan ser saciadas y los vacíos espirituales suplidos, ya que no hacen distinción de raza, estatus social, ni situación geográfica

Ahora bien, damos gracias porque mientras que hay vida, hay esperanza. Esa sensación de vacío no tiene por qué ser perpetua. Existe la medicina para estos padecimientos y una cura para esta sociedad enferma. Blaise Pascal, científico francés del siglo XVII, afirmaba que «En el corazón de todo hombre existe un vacío que tiene la forma de Dios. Este vacío no puede ser llenado por ninguna cosa creada. Él puede ser llenado únicamente por Dios, hecho conocido mediante Cristo Jesús» (a).

Ninguna filosofía o religión creada por hombre, con todos sus argumentos, puede responder de manera ve-